

PAULA BARBADA

En tiempos de Recesvinto
ocurrieron estos hechos.
Como los narran, los cuento,
que aunque a muchos les extrañen,
juro que nada me invento.

Paula era moza lozana,
y sobre todo, cristiana,
y más aún: virtuosa,
de la Virgen muy devota.

En Cardeñosa vivía
Y tanto a la virgen quería
que iba a misa cada día.
No tenía burro ni carro,
pues señor, venía andando

Desde lejos la observaba
un caballero siniestro.
Tan siniestro, tan siniestro,
que ni era caballero.
Pero él creía que sí.
Se veía muy apuesto,
era rico y altanero,
osease: era un necio.
Y al principio por las buenas
a Paula tiró los tejos

- ¿Donde vas, linda mocita,
compitiendo con las flores?
- A misa de mil amores.
- Y después, ¿qué vas a hacer?
- Regresar presto a mi casa.

- Ven de paseo conmigo,
tengo un bonito castillo
y te lo quiero enseñar.
- Haré encaje de bolillo,
que ha de relajarme más.
- ¿No quieres ver mi castillo?
- Ni a su castillo ni a usted
- ¿Puede saberse por qué?
- Porque no me da la gana.
¡déjeme en paz de una vez!

Y así un día y otro día.
Tanto tanto él insistía
que ella le tomó manía.
(Lo natural: ¡vaya plan!)

Una tarde anocheceía
y él acechaba a lo lejos.
Paula le vio entre los brezos
y rauda el paso apretó.
Un negro presentimiento
sus entrañas invadió.
Corrió y corrió hasta la ermita
y a la Virgen suplicó:

- ¡Protegéme, mi señora,
que me persigue un varón
y tengo yo la impresión
de que no tiene buen día.
O le das a él agonía,
o aquí me agonizo yo.
- Tranquila, Paula, tranquila
que esta es la casa de Dios.

Contestole la Señora

o a ella le pareció.
El caso es que, de repente
una barba le creció,
y su rostro de doncella
En hombre se transformó.

(Ya se que suena increíble,
mas, milagros predecibles,
no son tampoco creíbles,
porque milagros no son)

Paula estaba trastornada,
mejor dicho, transformada,
cuando la puerta se abrió.
Y tras la puerta, embozado,
el caballero rugió:

- ¿Donde estás, tonta doncella?
¡Ahora te vas a enterar!
Quién a mí no me contenta,
es que después ni lo cuenta.
Por mis muertos, ¡ya te vi!

Y se dirigió hacia ella.
Y ella su rostro volvió,
y el suyo se quedó blanco,
cuando las barbas le vio.

- ¿Tú quién eres? ¡no eres ella!
 - Está claro: yo soy yo.
 - Aquí entró una doncella.
 - Caballero, por favor,
desde que estoy en la ermita
solo habéis entrado vos,
mas, si es que vos sois doncella...
 - ¡Menos bromas! ¡vive Dios!
 - No blasfeméis en su casa,

jamás tal cosa se dio.

Si no venís a rezar,
si no sabéis oración,
marchaos por donde entrasteis,
eso será lo mejor.

Con actitud poco noble
el noble se despidió.

Paula respiró tranquila,
después monja se metió.

- ¿Y qué pasó con la barba?
- ¿La barba? Se la afeitó

Y colorín colorado,
este peludo romance,
de milagro, terminó